



## Homilía

### Conmemoración de los fieles Difuntos

Capilla del Cementerio, Jerez 2 de noviembre de 2010

*Hermano sacerdote; Queridos hermanos/as en el Señor:*

Si ayer, festividad de **“Todos los Santos”**, contemplábamos con alegría a tantos y tantos hermanos nuestros que tras haber pasado de este mundo al Padre gozan ya de la gloria de Dios, hoy, dedicado a la memoria de los **fieles difuntos**, nos fijamos en los que, habiendo cruzado ya el umbral de la muerte, esperan de la misericordia divina la apertura para ellos de las puertas del Reino de los cielos.

Nuestro recuerdo se dirige especialmente hacia aquellos familiares, amigos y conocidos nuestros que han dejado este mundo pero han quedado en nuestro corazón. Su muerte quizás nos hace sentir con mayor hondura la precariedad de la vida presente y nos lleva a hacernos preguntas como éstas: ¿Cómo recuperaremos de nuevo el calor de su presencia compartida en el amor? ¿Hacia dónde vamos nosotros, destinados también a la muerte pero impulsados por la misma esperanza? ¿Qué sentido tiene la brevedad de la vida a la luz de la eternidad? Todas esas preguntas nos introducen en el misterio de la muerte; misterio que el Concilio Vaticano II, en su Constitución Pastoral calificaba como **“el máximo enigma de la vida humana”** (cf. GS 18).

Sabemos que estamos de paso en esta vida y que nuestro destino es el cielo. Sin embargo, la realidad de la muerte nos sigue desconcertando. A muchas personas les angustia la muerte porque creen que con ella todo se acaba. Hay en nosotros un deseo de vivir, de eternizarnos en un más allá, que todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy útiles que sean, en cuanto a la prórroga de la longevidad que hoy proporciona la biología, no puede calmar ni logra satisfacer esa ansiedad que surge ineluctablemente del corazón humano.

Es comprensible entonces que la muerte y hasta la misma vida, ante su fin, a veces resulte absurda. Sin embargo, mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, el cristiano, en la fe, tiene una palabra de esperanza. Nos lo dice San Pedro en su Primera Carta:

“Toda carne es como hierba .. se seca la hierba, cae la flor, pero la Palabra del Señor permanece eternamente” (1 Pe 1, 24s).

Y esta Palabra es el Evangelio que ha dado comienzo y fundamento a nuestra fe: que Cristo está resucitado .. Y en la fe en Cristo va prendida nuestra esperanza de resucitar con El y en El.

“Porque si nuestra existencia está unida a Cristo en una muerte como la suya (y su muerte fue un morir al pecado de una vez para siempre), también lo estará en una resurrección como la suya”. (cf Rm 5, 5.10)

En efecto, la Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre; que, aunque la muerte corporal entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida cuando el Omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida.

Ha sido Cristo resucitado el que ha ganado esta victoria para el hombre porque **“si por un hombre –Adán– entró el pecado en el mundo, por un hombre –Jesús– ha venido la gracia y la liberación”** (cf Rm 5, 12ss).

“Cristo ha resucitado de entre los muertos, como anticipo de quienes duermen el sueño de la muerte. Porque lo mismo que por un hombre vino la muerte, también por un hombre ha venido la resurrección de los muertos. Y como por su unión con Adán todos

los hombres mueren, así también por su unión con Cristo, todos retornarán a la vida” (1 Cor 15,20-22).

Dios Padre ha querido que los hombres, por la fe en su Hijo, participemos de su misma vida de resucitado, que es una vida eterna. Nosotros, pues, que hemos sido injertados en El por nuestro bautismo, estamos llamados a participar de la misma gloria de la resurrección. Así nos lo dice San Pablo:

“.. cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte. Fuimos con El sepultados por el bautismo en su muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva” (cf Rm 6, 3-4)

Efectivamente, el bautismo es para nosotros una fuente de purificación que se manifiesta en el Sacramento de la penitencia, por el cual recibimos también el perdón de nuestros pecados y nos permite vivir –como dice la Carta del apóstol- **“una vida nueva”**, es decir, una vida **“convertida”, “vuelta”** al Señor. Reconocemos que somos pecadores, pero acudimos confiadamente al Señor porque sabemos que ofreció su vida **“por el perdón de los pecados”**.

Y de la misma forma que ayer veíamos que los Santos interceden por nosotros, que vamos todavía de camino, también nosotros podemos interceder por los que ya terminaron su camino en la tierra y necesitan purificarse de sus faltas.

La **“comunión de los Santos”** que confesamos en el Credo, nos recuerda que nuestra Iglesia, siendo una, está formada por la Iglesia triunfante que ya participa en el cielo de la gloria del Señor; nosotros, que somos todavía peregrinos hacia la patria del cielo; y nuestros hermanos difuntos que están a la espera de participar en la mesa del Reino de los cielos.

La Eucaristía que celebramos, es **“el memorial de la muerte y resurrección de Cristo”**. La ofrecemos hoy poniendo sobre el altar nuestras intenciones de amor, recuerdo agradecido e intercesión por hermanos difuntos, con la firme esperanza de que nuestras oraciones serán escuchadas, y el Señor que es bueno, les dará el premio a la fe y a las buenas obras.

Por tanto, hermanos, además de sentirnos Iglesia rezando por nuestros difuntos también el recuerdo de ellos nos ayuda hoy a afianzar nuestra fe en la victoria de Jesucristo sobre la muerte y nos fortalece para llevar una vida –como dice el Apóstol: **“digna del Evangelio que hemos recibido”** (Cf Flp 1, 27)

Es la llamada a vivir un estilo nuevo en nuestra vida cristiana; animado siempre por la alegría de saber que Cristo Jesús nos acompaña; que en Él y por Él todos podemos vencer las tentaciones que nos apartan del camino del bien y apaga en nosotros la esperanza en la vida eterna.

Porque aquí está la gran lección de la esperanza cristiana: enseñarnos a vivir ahora de modo que podamos abrir los ojos con paz cuando los cerremos; a ser posible también con paz, en el tiempo y en el espacio concreto. El es el Señor de la Paz: el que nos libera de las cadenas de nuestras soberbias, rencores y egoísmos que nos atan a esta tierra; el que nos alienta a ofrecer nuestro esfuerzo sirviendo a los demás, trabajando para que la vida sea grata, amable y llevadera para todos los hombres; para que, al final, el Señor también nos diga:

“Venid, benditos de mi Padre..., porque tuve hambre y me disteis de comer, estuve enfermo y me visitasteis, triste y me consolasteis...” (Cf. Mt 25, 35s)

En definitiva, hermanos, hoy estamos invitados a renovar nuestra esperanza. En tiempos recios y de crisis como los nuestros el cristiano debe brillar como luz en medio de las tinieblas, haciendo resplandecer la fe, verdadera lámpara que brota de Cristo Resucitado, Salvador de todo el género humano.

Y como a **Madre de nuestra esperanza**, acudimos también a la Virgen María. Ella, que desde su Asunción gloriosa a los cielos participa ya de la gloria de Cristo, como Madre de todos los hombres intercede por nosotros. Y, especialmente, por todos los difuntos. La devoción popular encomienda su oración por las benditas ánimas del Purgatorio, en particular a la **Virgen del Carmen**. A Ella, pues, acudimos y nos encomendamos: Santa Madre de Dios, ruega por nosotros. Así sea.

+ **José Mazuelos Pérez**  
Obispo de Asidonia-Jerez